

Siete Días

Antetítulo: LAS CLASES SE SUSPENDEN CONTINUAMENTE POR CONFLICTOS ENTRE DELINCUENTES

### **Título: La escolaridad es blanco de la violencia**

Sumario: La inseguridad suma niños y jóvenes a las filas de los desertores del sistema educativo. Analistas señalan que en las zonas populares, los varones son más vulnerables que las niñas porque la escuela compite con las bandas ilícitas para atraer su atención

ADRIANA RIVERA

La clase terminó con el sonido seco del primer tiro. El segundo, el tercero. La ráfaga. Eran poco más de las 4:00 pm. Quietos. No es la primera vez que pasa en esa escuela-frontera. Se metieron bajo los pupitres; las manitas cubriendo las orejas. Y a esperar un rato –ése necesario para que la calma regrese y se cuenten las bajas– para irse a casa, como cada vez que sucede algo parecido. El aula se encuentra sobre una línea limítrofe que no está dibujada en ningún mapa, sino en las mentes de los delincuentes que viven en guerra en esos dos barrios colindantes de la parte norte de Petare.

Pero esa tarde, la maestra Iris Guerrero tuvo una razón más para preocuparse. "Murieron dos y el que quedó grave había sido alumno mío", cuenta mientras se lleva la mano al pecho. La docente trabaja con la Fundación Luz y Vida, en una red de aulas para más de 400 niños no escolarizados en Petare. Atiende a algunos que nunca han estudiado y a otros que abandonaron la escuela, como ese jovencito de 15 años de edad que tenía semanas sin ir a clases y que un amigo llevó a un hospital cercano para que le atendieran las heridas de bala.

"Los niños que dejan la escuela están parando en una urna", asegura. La dinámica del barrio se lo ha demostrado. No habían transcurrido ni 24 horas del tiroteo, por lo que la maestra no pudo llevar a las periodistas al salón. "Hoy no hay clase, la mayoría no vendrá por lo que pasó ayer", se disculpa. Para algunos de sus alumnos, probablemente, será mejor no aparecerse por el salón de clases en semanas.

Ser del barrio contrario los convierte en un blanco seguro que va a la escuela todos los días a la misma hora. Pueden caer por una bala perdida o simplemente porque son el medio empleado para avisar a la comunidad que todo el que cruce la frontera correrá su misma suerte.

El informe Educación para Todos de la Unesco, dado a conocer la semana pasada, señala que 10% de los niños venezolanos no termina la educación básica, comprendida entre primer y noveno grado.

Según datos del Ministerio de Educación, entre 1996 y 2006 más de 2.220.000 niños desertaron en esta etapa. Además, en el mismo lapso, más de 320.000 jóvenes dejaron inconcluso el diversificado (cuarto y quinto año de bachillerato).

La descomposición familiar, la carencia de recursos y el bajo rendimiento tradicionalmente confluían como explicaciones para este complejo fenómeno. Pero los analistas suman una nueva causa: la violencia. En muchas zonas populares, para los niños es un peligro ir a la escuela. Dentro o fuera de ella pueden convertirse en víctimas. La institución compite, en desventaja, con el influjo de la delincuencia.

Miedo aulas adentro.

Cuando los profesores decían su nombre al pasar la lista, algún compañero respondía: ¡Ausente! Ya se han acostumbrado a ver su pupitre vacío y es casi un acto reflejo de los docentes saltarse su nombre. Katherine cursa octavo grado, tiene 14 años de edad y una empeñada idea: "¡No voy más al liceo!", le insiste a su mamá, Rosa Becerra.

Repitió el séptimo grado porque faltó casi todo el último lapso. Le decía a su madre que todos los días un hombre, que se movilizaba en distintos carros, la esperaba en la salida y la amenazaba de muerte.

"Ella dice que no conoce a esa persona. Tiene miedo de ir al liceo y yo, por temor, tampoco la mandé más. Ahora me dice que no quiere estudiar, se queda encerrada en la casa. Ella no anda de fiestas; hace caso y no va a matines porque sabe que es peligroso. Pero en la casa tampoco se puede quedar porque se arman tiroteos a toda hora. Ayer se armó uno al mediodía y ella se tuvo que lanzar bajo el comedor", relata Rosa, de 52 años de edad.

Si insiste en la idea de retirarse de la escuela, probablemente deje la casa de sus padres, en el barrio Julián Blanco de Petare, para mudarse a La Guaira con su hermana mayor, a quien ayudará a atender un puesto de zapatos.

Angélica Romero, directora del colegio Presidente Kennedy del barrio Bolívar, también en el municipio Sucre, ha aprendido a reconocer los síntomas de un potencial desertor: unos faltan a casi todas las clases, mientras que otros van con regularidad, pero no atienden las lecciones e incumplen las asignaciones. "La escuela tradicional le hace perder motivación.

Al chamo de ahora le llama más la atención una moto, Internet y salir con los amigos. Nosotros comenzamos la batalla para retenerlos en las aulas en quinto grado y se extiende hasta octavo. El que sale de la escuela a esa edad tiene más probabilidades de unirse a una banda.

El que llega a noveno, por lo general, ya sabe lo que quiere.

Los niños viven experiencias de adultos en las que la escuela ya no calza. A los 11 años de edad les han ofrecido un arma", reflexiona la educadora. Otras veces, las amenazas se encuentran dentro del plantel.

Conflicto masculinizado.

Son los varones quienes suelen sufrir con más encono la violencia que los empuja a salirse de la escuela o la carencia de recursos que los convierte, desde muy temprano, en el sostén de sus familias. "Hay muchas probabilidades de que los varones pertenecientes a grupos desfavorecidos y marginados dejen la escuela prematuramente para ganarse la vida", explica el informe de la Unesco.

Víctor, un trigueño alto de 16 años de edad, ni siquiera llegó al segundo lapso de séptimo grado cuando su papá se lo llevó a pegar ladrillos con él en una construcción de Los Teques. "Él decía que yo era muy problemático", recuerda.

Pero asegura que otros provocaban los conflictos: "Unos compañeros querían mandar en el salón, que les hiciéramos las tareas, que le diéramos los zapatos. Como yo no les hacía caso, llegábamos a los golpes".

Trabajó un año en Los Teques y luego volvió al barrio Buena Vista de Antímano, a casa de sus abuelos, en el oeste de Caracas. "Mi madrastra no me quería en su casa, pero tenía que aportar para la casa porque somos siete hermanos. Soy el mayor y mi papá es el único que trabaja. Me sentí mal al dejar el liceo, pero no se lo dije porque se pone bravo de nada, y él es quien decide siempre".

El Estudio sobre la Violencia contra los Niños, Niñas y Adolescentes en Venezuela que elaboró la ONU junto con el Centro para la Paz de la UCV y los Centros Comunitarios de Aprendizaje señala que la deserción "encuentra estrecha relación con dinámicas violentas que terminan por excluir de los escenarios escolares a los jóvenes". Otras investigaciones de Cecodap enfatizan que los niños rechazados por sus compañeros o que tienen conflictos de interacción en el salón, tienen tres veces más probabilidades de abandonar la escuela tempranamente.

En el barrio, la figura del buen estudiante puede provocar celos. "Lo ven como el 'mamita'".

Ese muchacho va a necesitar que lo respeten; podría conseguir un arma para protegerse o aliarse con otros. Allí comienza el camino de la deserción porque tendrá compromisos con otras actividades, no siempre lícitas", analiza la directora de la Fundación Luz y Vida, Gloria Perdomo. Por este temor, señala, muchas madres llevan a sus hijos al interior, con los tíos o abuelos, para que terminen la escuela.

¿Causa o consecuencia?

Al igual que Perdomo, Fernando Pereira, coordinador de Cecodap, establece un nexo entre la deserción y el incremento de la delincuencia: "Al salir de la escuela, no sólo pierden la posibilidad de obtener un grado, sino que van a la vida sin preparación. Los rostros de la violencia son de hombres jóvenes, bien sea como victimarios o como víctimas. La mayoría de ellos ni habrá terminado primaria".

Vivir en un territorio en disputa es impedimento para ir a la escuela: hay que evitar las calles donde pueden esperar los de la zona rival para cobrar alguna vida. Si algún primo o

hermano pertenece a los grupos, entonces la familia completa está en peligro. Y los niños no pueden ir a clases.

Yohan aparenta 3 o 4 años menos de los 14 que tiene. A su pequeña estampa la delinear el uniforme escolar con la camisa por fuera, el cabello castaño con rulos alborotados y ojos de un color amarillo gatuno. Su contacto con la escuela ha sido escaso. Empezó tarde la primaria porque su mamá no le conseguía cupo. Y, cuando al fin lo encontró, las circunstancias no le dejaron acostumbrarse a la rutina del estudio. "Fue un fin de semana". Lo recuerda como un cisma. Denis, su hermano mayor de 17 años de edad, salió a una fiesta y no volvió. No verlo más significó mudarse de Santa Lucía a Carapita con sus papás y sus otros siete hermanos. "No me explicaron nada. Me sacaron de la escuela a mí y a mis otras dos hermanas que estudiaban. Después me enteré de que nos mudamos porque habían matado a mi hermano".

En dos años sin ir a clases vendió café con su mamá en un terminal, se quedó algunos días en casa a cuidar a los más pequeños y trabajó dos meses como colector en el autobús de un familiar. Ahora, intenta nivelarse en aulas comunitarias, donde cursa cuarto grado.

"Le dije a mi mamá que quiero ser policía como mi tío. He visto tantos malandros en la calle... No se puede salir con la bicicleta porque te la roban", lamenta.

Para Trina Carmona, directora nacional de Fe y Alegría, la violencia es consecuencia de la incapacidad del sistema educativo para retener a los niños y niñas. Sostiene que, si se mantienen estudiando, adquirirán valores que incidirán positivamente en ellos y los animarán a seguir los estudios o trabajar. "En los espacios desfavorecidos hay más amenazas, competimos con la delincuencia y la droga. Es una lucha mantenerlos dentro de la escuela cuando tienen una familia débil y todos esos estímulos externos", afirma.

Pero ser joven en una zona popular, cumplir con la escuela y mantenerse alejado de los ilícitos es difícil. Ir a una fiesta, por ejemplo, puede convertirse en una decisión de vida o muerte. Romero lo resume de esta forma: "En los barrios, el muchacho sólo tiene espacio en la escuela, no hay proyectos educativos o culturales ni protección de la comunidad para que no deserte. La delincuencia, que está mejor organizada que la sociedad para atraerlos, puede darles respuestas rápidas, el dinero que ellos saben que sólo podrán hacer si siguen estudiando para optar por mejores trabajos".

EL NACIONAL - Domingo 07 de Diciembre de 2008 Siete Días/2

Siete Días

### **El sinuoso camino de la educación**

El alto índice de repitientes, un grupo con mayor riesgo de deserción, y las pocas oportunidades de estudio o formación para el trabajo dirigidas a jóvenes que dejan la secundaria encienden las alarmas de los expertos

Pasar de sexto grado de básica al bachillerato supone un cambio de las dinámicas escolares: atrás quedarán las clases con la misma maestra durante todo un año, y empezarán las lecciones por horas con varios profesores, las tres marías y el alboroto de las hormonas.

En su informe El Derecho Humano a la Educación en Venezuela, publicado en 2007, la investigadora del Centro de Estudios del Desarrollo de la UCV Mabel Mundó describe que en las transiciones a otras etapas escolares existe el riesgo de que los muchachos repitan grados o deserten.

"La presencia crónica de la repitencia en los nueve primeros años de la educación básica, sobre todo en el séptimo grado, es motivo de preocupación de docentes y directores de planteles públicos", expone. Las estadísticas que presenta confirman que de cada diez repitientes habrá cinco desertores.

Sostiene que los programas de formación compensatorios, producto de la descentralización del Estado en materia educativa, perdieron fuerza a partir de 2001, cuando hubo un repunte de repitientes en todos los grados de educación obligatoria y gratuita.

**Oportunidades escasas.** Luis Pedro España, director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB, cree que la descomposición social está estrechamente relacionada con la deserción en la educación media. "Dejamos de ser un país de niños, con dificultades sociales relacionadas con la atención materno-infantil, los preescolares y la escuela básica. Ahora el problema es de jóvenes, de la inserción en el campo laboral. La delincuencia y el embarazo precoz tienen que ver con la baja calidad de la educación media en lo que comienza a ser la masa poblacional más importante: la juventud", afirma.

En contextos de pobreza, el costo de mantener a un niño o a un joven en la escuela es muy elevado. Para familias con varios hijos se hace difícil que un muchacho pase años (al menos los 11 obligatorios) estudiando, sin aportar para los gastos de la casa. "Si es repitiente, le dicen que no le pueden seguir pagando la escuela y lo ponen a trabajar. Empiezan a cargar materiales en el barrio. En las niñas es distinto, a los 14 o 15 años de edad no valen mucho para el mercado de trabajo, pero el varón sí". Las limitaciones de los parientes para acompañar al muchacho en su proceso de formación también afectarían su prosecución en el sistema escolar.

El sociólogo cree que la secundaria debe dejar de ser ese camino largo que hay que recorrer antes de optar al ingreso en una universidad, y adaptarse a las necesidades de una juventud que requiere capacitarse para trabajar, con la introducción de figuras como las pasantías, por ejemplo.

"Los destinos de un desertor son de frustración y fracaso.

Se dedican a actividades poco productivas, forman familias tempranamente y muy frágiles económicamente, su remuneración es deficiente y su ruta de capacitación laboral es tortuosa y precaria", asegura.

Las misiones Robinson, Ribas y Sucre, dirigidas a jóvenes y adultos, atienden alrededor de 2,7 millones de personas. Pero son evaluadas como una respuesta oficial ineficiente ante la deserción. El estudio Las Misiones Sociales de Venezuela, publicado por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales en abril, señala que aproximadamente 2,6 millones de personas han salido también de esos sistemas.

"De los retirados, 86% es joven y representa la mayor pérdida de beneficiarios en la Misión Ribas", precisa.

EL NACIONAL - Domingo 07 de Diciembre de 2008 Siete Días/3

Siete Días

ENTREVISTA CARLOS GUERENDIAIN

### **"La escuela debe trabajar en otros valores"**

El director del colegio técnico San José Obrero y párroco de Antímano asegura que las escuelas dejaron de impartir principios como el trabajo y la disciplina. "Ya no satisface las expectativas de los chicos ni de la sociedad", afirma

\*El padre Carlos Guerendiain lleva 21 años viviendo en Antímano. Ha caminado sus barrios desde 1989 y ha curtido la mirada de aquel sacerdote que decidió levantar con la organización Fe y Alegría un proyecto de aulas para que los muchachos excluidos de la educación formal y los desertores cursaran el bachillerato y, a la vez, aprendieran un oficio.

Ahora son referencia para las empresas de línea blanca y fábricas que buscan a los electricistas, técnicos en refrigeración o reparación de maquinaria industrial egresados de sus talleres. En el período 2006-2007, incluso, logró el financiamiento del Departamento de Educación de Navarra, España, para la construcción de más salones.

"Al principio trabajamos con muchachos de 18 años de edad en adelante. Durante 3 o 6 meses aprendían un oficio y luego salían al mercado a laborar.

Pero ahora un muchacho de 18 años de edad tiene una pareja y 1 o 2 hijos. Requieren rápidamente tener el sueldo diario", relata.

—¿Cómo es la juventud que atienden ahora?

—Tuvimos que lanzarnos a buscar muchachos repitentes de la educación formal o desertores, esos para los que la simple teoría de matemática y física no le permitían conectar el conocimiento con la realidad. El bachillerato de tiza y pizarrón desmotiva a los muchachos. En esta escuela se dan cuenta de que con lo que estudian, ellos trabajan luego en el taller. Hace dos años nos dimos cuenta de que ha habido otra evolución: algunos desertan porque no quieren estar tres años formándose lentamente sin recibir paga. Quizás hayan ido a las misiones.

Ahí tendrán su bachillerato, el que sea, y encima cobran. Se les hace más fácil dada la situación económica.

–¿Qué tipo de jóvenes llega a este programa?

–Generalmente son muchachos muy indisciplinados, no sometidos a un orden, a unos límites. Sienten que la escuela es una especie de camisa de fuerza porque hay que cumplir con la disciplina, el horario. Hay unos que no lo resisten. He visto a muchos desertores ir por el camino de la violencia. Nos han matado a unos cuantos ex alumnos. Pero los que asumen la responsabilidad, los que vienen a clase, se colocan en buenos empleos en industrias y fábricas. Me los encuentro después en la calle y me dicen que están sacando el diversificado por parasistema.

–¿Cuando el bachillerato permite ingresar en el mercado laboral, es más motivador para los jóvenes?

–Lo que enamora a los muchachos es el taller. En Venezuela tenemos una pirámide en la fuerza laboral. En la base, hay miles de trabajadores que tal vez no han terminado el sexto grado. Después, un colchón inmenso, que debería ser la parte técnica, y en la cúspide un pequeño porcentaje de universitarios. Pero la sociedad no está llevada por ese motor de la parte técnica, sino por el más pequeño. El bachillerato que tenemos es una amalgama de técnicos y humanísticos, pero el Ministerio de Educación tal vez le da más fortaleza a esta última.

–¿Cuál es el perfil de la familia de un desertor? –Prácticamente todos los que tenemos aquí tienen familias poco cohesionadas. La estructura familiar es el gran problema que tenemos en Venezuela y en los barrios. Sin embargo, el muchacho que está aquí de séptimo a noveno grado se transforma. En ese tiempo rompe las barreras negativas de los problemas familiares, de los malos amigos. Saben adónde van y adquieren habilidades. Después de las pasantías, algunos se quedan a trabajar y ven que sus estudios no están de menos, que tienen un correlato en la práctica.

–¿Cómo influye la violencia en la prosecución de los estudios?

–Hay violentos por falta de escolaridad, de trabajo y por la existencia de una forma de ganarse fácilmente la vida: la droga. Un muchacho que no estudia y no trabaja, ¿a qué se dedica? La inseguridad los afecta de tal manera que los alumnos corren de aquí a casa, y de casa a aquí, y luego se encierran. Además, según el barrio, el buen estudiante es mal visto. Tenemos dos estudiantes de Mamera que son muy trabajadores, pero en su sector se ve mal que trabajen y estudien, cuando los de su misma edad no lo hacen. Creo que es una violencia afectiva, rabia de ver que uno de la misma edad está sacando a flote su vida, mientras que el otro no. Por eso los hostigan y les buscan problemas.

–¿Cómo compite la escuela con la delincuencia?

–Si la educación se masifica y sacamos personas bien preparadas, las alejamos de los riesgos. La escuela ya no satisface las expectativas de los chicos ni de la sociedad. El Estado debe prepararlos para un mundo competitivo. El venezolano es habilidoso, pero la escuela no está trabajando valores como el trabajo, la responsabilidad y la disciplina.

Tenemos más de 7 millones de estudiantes, pero con la baja calidad de las escuelas no se puede competir con los estímulos externos.

EL NACIONAL - Domingo 07 de Diciembre de 2008 Siete Días/3

Siete Días

El género influye

Los varones tienen menos probabilidades de terminar la educación básica y el bachillerato. Datos del Ministerio de Educación indican que entre los años escolares 1996-1997 y 2006-2007, 9 de cada 100 varones repitió curso, mientras que sólo 6 de cada 100 niñas lo hicieron. La Unesco señala que en la región las niñas tienen más posibilidades, por ejemplo, de culminar la primaria. El embarazo precoz, sin embargo, sigue siendo la causa más frecuente de deserción en las niñas cuando pasan el umbral de la pubertad. 2 de cada 10 jóvenes dan a luz antes de cumplir 20 años de edad, lo que convierte a Venezuela en el país con más alto índice de niñas madres en América Latina. Karen engrosa esa estadística. Su hijo corretea por la casa, que está pegada a las primeras escalinatas, en una de las entradas del barrio Bolívar de Petare. Tiene casi 2 años de edad y ella, 19. En octavo grado, Karen empezó a jubilarse con el muchacho de la moto, 10 años mayor que ella, que era amigo de su familia. Durante las vacaciones salió embarazada. "Me daba pena ir al liceo con la barriga y no volví más. No he podido retomar los estudios porque el niño está pequeño, no tengo con quien dejarlo y trabajo en una fábrica de trajes de baño". La casa es de los abuelos. Las tías, los primos y ahora los bisnietos viven bajo el mismo techo. La directora de la Fundación Luz y Vida, Gloria Perdomo, explica que la formación de una pareja y el advenimiento de los niños, hechos que deberían ser planificados, se convierten en actos impulsivos. "A la muchacha le llama la atención el guapetón que la tiene como 'la propia'. Desertan de la escuela porque salen embarazadas o porque comienzan a tener novios, y los papás les dicen que no las van a mantener para que estén con un malandro. Comienzan los conflictos y ella sale del hogar a vivir con el chico. La muchacha se va de la casa y de la escuela al mismo tiempo". La historia común, señala, es la formación de parejas inestables y, posteriormente, una mujer sola al frente del hogar.

EL NACIONAL - Domingo 07 de Diciembre de 2008 Siete Días/3

Siete Días

Faltan escuelas

La exclusión del sistema educativo como consecuencia del déficit de planteles es el principal problema que consideran los especialistas. Las deudas del Gobierno en infraestructura educativa son altas: en el período 2005-2006 sólo construyó 22,7% de lo programado en la Memoria y Cuenta del Ministerio de Educación, mientras que en el lapso 2006-2007 cumplió con 5,6% de lo ofrecido por la Fundación de Edificaciones y Dotaciones Educativas. La escasez de cupos para el primer grado de educación básica alarma a los educadores. "Son muchos los niños de 7 y 8 años de edad a los que tenemos que acoger en las aulas comunitarias porque ya están excluidos del sistema", asegura Gloria Perdomo, directora de la Fundación Luz y Vida. La organización calcula que en el municipio Sucre cerca de 270.000 niños en edad de la escuela primaria no están

formándose. Para media y diversificada el sector sólo cuenta con 2.700 cupos, lo que deja fuera del sistema a más de 8.000 muchachos. Datos del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB señalan que 8 de cada 10 niños venezolanos que terminan el sexto grado deben cambiar de plantel si quieren proseguir los estudios. Además, para atender a la población en edad de cursar la educación media y diversificada habría que construir 5.000 liceos en los próximos años. Los ciudadanos también advierten la insuficiente oferta de cupos escolares. La Encuesta de Hogares del segundo semestre de 2006 reportó que los menores de 24 años de edad que no asistían a centros educativos adujeron las siguientes razones: 15%, falta de cupo o escuelas muy apartadas de su residencia; 20%, problemas económicos en el hogar o carencia de programas de apoyo social; 19%, falta de planteles para menores de 5 años de edad, y 20% dijo que no quiere estudiar; el 16% restante alegó otros motivos. "Después de los programas compensatorios desarrollados entre 1993 y 1999, el Gobierno no ha emprendido políticas públicas específicas para solventar los motivos expuestos", se concluye en el informe El Derecho Humano a la Educación en Venezuela, publicado por el Cendes en 2007.